

LIMADURAS

—Si no fuera demasiado tarde, debiéramos rectificar la dirección impresa a nuestra modesta campaña de apostolado católico.

—Nunca es tarde, cuando la dicha es buena. Lo urgente, lo imperativo, es llegar a la meta. Las peripecias de la jornada carecen en absoluto de importancia. Por dolorosas que nos parezcan las rectificaciones, al cabo se tornarán en inefables dulzuras, cuando cosechemos los sazonados frutos de la victoria.

—Desgraciadamente, hemos pagado tributo a la moda impetrante, proponiendo para un problema de honda raigambre, una solución manifiestamente superficial.

—La unión de los católicos en una actividad común, fecunda, de rendimientos indiscutibles para la causa de la civilización cristiana en nuestra patria, será una solución todo lo superficial que se quiera, pero creemos que no existe otra. Ni los Romanos Pontífices, ni los grandes pensadores del catolicismo, han encontrado otro remedio para la dolencia religiosa que sufre la humanidad. Las fuerzas del mal, adunadas en perfecta organización, luchan con encarnizamiento sin igual contra el imperio de las doctrinas evangélicas. A este ejército de aguerridos combatientes, sólo la unión de todos los buenos puede oponer adecuada resistencia.

—La unidad en la acción carece de sentido, cuando no hay unidad de ideal.

—El de todos los católicos filipinos es absolutamente idéntico.

—Especulativamente, en la esfera de los principios abstractos, es posible; en la práctica, empero, los hechos demuestran, con elocuencia aplastante, que vivimos de un egoísmo irreductible.

—La unidad en las convicciones, es el principio de la unidad en los hechos.

—Las doctrinas que se consideran como vitales, para merecer, en justicia, el dictado de convicciones, deben salir de la esfera de la especulación y entrar en los dominios del sentimiento. Sin esta condición carecen de eficacia real en los destinos de la vida. No es lo mismo un conocimiento especulativo que una convicción. La convicción es el anillo que une la vida con la doc-

trina, los hechos con los principios, el orden práctico y real con el orden de los conocimientos abstractos y puramente especulativos.

—Nuestro procedimiento no ha sido tan deficiente como parece significar. Presupuesta la doctrina general, indiscutible para todo católico, hemos señalado los medios más convenientes para encarnarla en la vida de nuestros compatriotas.

—Hemos olvidado algo muy fundamental. En la vida real, como en la lógica de los conocimientos, toda argumentación exige dos premisas para poder inferir legítimamente una consecuencia. Y nosotros, conscientes o inconscientemente, venimos prescindiendo de una premisa que desempeña papel decisivo respecto de la conclusión que intentamos deducir. Pasamos de la doctrina general a la trama de la vida sin tener en cuenta que las convicciones son las únicas propulsoras eficaces de la conciencia. Nuestro razonar es esencialmente defectuoso. Descendemos a las conclusiones sin prefiar los principios.

—Las convicciones se forman con el estudio y el conocimiento de los problemas. No hemos tratado de otra cosa hasta el presente.

—La convicción, fruto único del estudio, es insuficiente para regular eficazmente la conciencia. Debemos procurarnos otras convicciones más complejas que, sin descuidar el elemento racional, imprescindible en el hombre, arraiguen en el campo del sentido cristiano.

—No conviene dificultar la solución de los problemas, introduciendo, a cada paso, nuevos datos que sólo sirven para entorpecer la marcha inicialmente tomada.

—El sentido católico no es un dato cualquiera que pueda ser menospreciado sin consecuencias graves; forma parte de la naturaleza intrínseca de la acción católica. Nuestro fracaso en el empeño de organizar la acción católica en Filipinas, depende, principalmente, de que tenemos embotado el sentido católico.

—No es fruta exclusiva de nuestra patria. Ya el Concilio Vaticano dejó consignadas estas palabras que merecen se las preste la debida atención: "Bajo

la influencia del racionalismo, ha sucedido por desgracia que en gran número de hijos de la Iglesia católica, las verdades han disminuido insensiblemente, y se ha embotado el sentido católico".

—Donde quiera que se coseche, es fruta venenosa. El sentido católico es una disposición para discernir, pronta y seguramente, la verdad del error, lo útil de lo nocivo en la vida divina del hombre. Es una especie de gusto sobrenatural que lleva como espontáneamente al alma cristiana hacia el alimento puro y saludable de la palabra de Dios, en la cual disfruta de inefables dulzuras, sintiendo, al propio tiempo, profunda aversión por las falsas doctrinas y las prácticas reprobables según el criterio católico. Este sentido tiene una importancia soberana en la vida sobrenatural de los pueblos. La carencia o el embotamiento de este sentido es mucho más perjudicial en la vida cristiana de los fieles que la misma tibieza para las personas consagradas a la perfección. Esa frialdad e indiferencia que observamos en nuestros compatriotas para toda obra católica; esa tolerancia doctrinal de que nos gloriamos con harta frecuencia, como de una conquista legítima del progreso moderno; esa cooperación, indiscreta y suicida, que prestamos continuamente a la enseñanza aconfesional, a la prensa neutra y acatólica y a otra multitud de actividades que laboran con perseverancia por descatalogar a Filipinas, son pruebas palmarias de que tenemos el sentido católico absolutamente incapacitado para percibir lo útil y lo nocivo y establecer, entre estas dos realidades, la conveniente distinción práctica. Mientras no logremos despertar entre los católicos de nuestra patria ese *sentido divino*, las doctrinas más fecundas, las iniciativas más simpáticas, serán recibidas con indiferencia glacial, si es que no se las mira con marcado desvío.

—Sería obra de una educación perseverante, dirigida a crear una conciencia sólidamente cristiana en nuestro pueblo.

—Y de la gracia de Dios, única capaz de remediar tamaño mal.

E. L. FERREIRO